

ORACION LAUDATORIA

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ, CON OCA-
SIÓN DEL CENTENARIO DE DON RICARDO CARRASQUILLA

Excelentísimo señor Presidente de la República, Ilustrísimo señor, señores:

A orillas del camino que conducía de Atenas al Pireo, sobre el cenotafio erigido al trágico de Salamina, un epígrafe empezaba con estas palabras: «La gloria de Eurípides tiene por monumento a toda la Grecia».

Desde el santuario de la verdad en donde ahora os había un sacerdote ante Dios, quien no juzga por las apariencias, y a la faz de la nación dignamente aquí representada, sea permitido afirmar que algo semejante a ese antiguo elogio lapidario, justificado por el afecto patrio y la piadosa gratitud, puede aplicarse al clarísimo hijo de Colombia cuyo centenario festejamos: pues sin haber sido estadista ni guerrero, ni jefe de un partido, ni un genio de las ciencias o del arte, ejerció por medio siglo vasta influencia en sus contemporáneos, haciéndose estimar de ellos con tal predilección que desafía el olvido.

Un admirador de Ricardo Carrasquilla, terminaba su necrología preguntando: «¿Qué opinión habrá de formular delante del sepulcro de aquel hombre la posteridad? ¿Murió con títulos para que le llamemos grande?» Después de cuarenta años responde a esta pregunta el concurso que está rindiendo honores extraordinarios al que no desmintió su alcurnia procera; a quien tuvo como instructor de su mocedad al Arzobispo Mártir; como discípulos y amigos a los más insignes personajes de dos generaciones; por hijo a un rival de Cristóbal de Torres; por cantor elegíaco a Pombo; a Caro y al sabio de Cantabria por jueces de sus escritos; y al inspirado Ortiz y a

Samper el hidalgo convertido, por biógrafos que emularon con sus plumas las pinceladas de Garay en el trazo de su imagen.

Si en otro lugar me dirigiera a un auditorio académico, mucho tendría que decir del prosador costumbrista y miembro del Mosaico, del poeta que prodigó el ingénito donaire andaluz en coplas y letrillas bretonianas, cuando no hacía vibrar en su plectro las notas del epinicio, o le daba entonaciones de arpa bíblica. Tampoco me es posible detenerme en un estudio que nos lo revelara en privado, con sus expansiones íntimas, rasgos que en cada individuo son—como la trama posterior de un tapiz—oculto e imperfecto bosquejo del dibujo que por delante se ofrece a las miradas. Los muertos de antaño remedan los esplendorosos viajeros del firmamento, que después de haber lucido y ausentándose en lo profundo, reaparecen con no menguada brillantez; mas la irradiación de esos astros remotos no deja ver los contornos precisos, patentes sólo al telescopio, ya que la distancia desfigura los objetos contemplados.

De todos modos, en el recinto austero del templo, compete mejor el encomio del educador y del apologista, benemérito por igual de la Iglesia y la República. Formó para la una creyentes, a la otra dio leales ciudadanos, y a entrambas consagró sus acrisolados talentos y energías, como si el oro acendrado en la comarca donde nació, y el ardor de su clima, se hubiesen trasfundido en su sér, junto con la sangre noble y heroica, única riqueza que heredó de sus padres.

*
* *

Al repetir de él que fue hondamente religioso, quiero significar que profesó una fe ilustrada y varonil: ilustrada, porque no confundía los dogmas con las libres opiniones teológicas, ni los preceptos con algunas prácticas superfluas; fe varonil, porque no consideraba la Religión como

simple *formalidad de un culto externo*, sino como disciplina interior que gobierna lo más secreto de la conciencia y de ahí pasa a informar enteramente la conducta, ya en los deberes domésticos, ya en las relaciones amistosas, ya en el desempeño de los encargos oficiales. No era, pues, Carrasquilla, de los que tienen mucho a Dios en los labios pero lejos del corazón.

Una religiosidad así entendida moldeó su carácter integérrimo, le hizo servir al Señor humilde y alegremente, dio agrado singular a su conversación, fue alma de su alma, y constituye para nosotros su distintivo personal.

Tenía por máxima que «para hacer bien al prójimo es preciso amarlo, y no se puede amar a todos los hombres sino por amor de Dios». Este amor urgió la solicitud fraterna del socio de San Vicente, e inflamó en celo al propagandista y defensor del Catolicismo.

Su elocuencia prefirió el sentimiento por móvil principal que suele conducir a las convicciones; y de esta manera, según testimonio de cuantos le escucharon, ejercitó él un sacerdocio, un régimen de conciencias no menos persuasivo que si hubiese recibido la unción sacerdotal. No deploramos demasiado que apenas cortas muestras se conserven de aquella oratoria enardecida que devolvió al redil a no pocas almas selectas. Raras frases igualmente constan de los tribunos primitivos del *Comitium*, y no por eso ignoramos que ellos asentaron la preponderancia del pueblo latino.

El propugnador católico empleó las armas que antes de él manejaron De Maistre y el vizconde de Bonald, Augusto Nicolás y Balmes en la primera mitad del siglo XIX. Me refiero a las armas forjadas en los arsenales de la Tradición y la Historia eclesiástica, en la Filosofía y Teología de las Escuelas, en los motivos de credibilidad que más tarde expuso el Concilio Vaticano. Con

destreza muy original usó también de la ironía en consorcio de la lógica para desbaratar las objeciones.

El propio año natalicio del refutador de los *Sofismas*, recibía Lacordaire en París las órdenes sagradas. El agua lustral del Bautismo, vertida sobre el entonces ignorado infante de América, y el óleo que consagraba al ya célebre francés, verificaron en ambos el modelo cabal de hombres de Cristo, que después de pagarle a tan adorable soberano el cumplido vasallaje del ánimo y del entendimiento, procuraron hacerlo reinar íntimamente en los demás, en el asilo familiar y en los dominios de la sociedad civil. El apologista granadino, a par del conferencista de Nuestra Señora, admiró en la Institución Cristiana la trascendencia de un hecho perpetuado por aquella doctrina que obró dentro del mundo la más grandiosa restauración intelectual y moral, merced a su código santo, que se adapta a las razas todas. Encarnan ese credo y esa ley en un cuerpo místico que aun sometido a las precarias condiciones de sus elementos humanos triunfa del error y la malicia, pues las faltas mismas de sus miembros infieles redundan en provecho suyo, exhibiendo la necesidad y la asistencia de otro elemento vital de orden divino, capaz de sobreponerse a las flaquezas de los hombres y a las alternativas de los tiempos. Ante ese espectáculo secular de la Historia, el alma robusta y caballeresca de nuestro compatriota se entregó a la defensa de la regia Esposa de Jesucristo, a la exaltación de las ideas católicas, mientras por doquiera soplaban vientos de impiedad que no lograron apagar, antes avivaron el fuego de nuestras creencias. Paréceme que en su empeño de mostrar la verdad no sólo digna de respeto sino amable, el escritor colombiano imitó más a Luis Veuillot que a Carlos de Montalembert. Lo cierto es que vio sus esfuerzos recompensados: el año en que moría, nuestra Constitución confirmaba en lo religioso unos principios que él había tenazmen-

te divulgado, no en el seno del Parlamento sino en una órbita de actividad más serena, como también más amplia y popular.

Recientemente la Apologética, habiéndose ya fortificado sobre las posiciones tradicionales, toma nueva actitud en la contienda. En vez de recurrir siempre a los argumentos especulativos y a las ejecutorias del pasado, acoge una forma del pragmatismo experimental, o sea la apología indirecta, para satisfacer a esta cuestión «¿cuál es en el día el valor del Evangelio? ¿La eficacia que manifestó en edades anteriores, actualmente sabrá enderezar el rumbo tortuoso de la humanidad, vistas las últimas tendencias del espíritu en los individuos, las clases y los pueblos?»

Hubiese Carrasquilla vivido al presente, y viéramosle sin duda mantener el campo donde el adversario ha venido a situarse. Con ejemplos vivos señalaría el caos a donde llega el desconocimiento de las normas evangélicas. Demostraría con Chesterton que cualesquiera otras no corresponden a las exigencias legítimas del mundo moderno. Habría hecho suya la aseveración de Lloyd George y sus colegas en el mensaje enviado a los súbditos británicos: «La verdad y validez eternas de los principios cristianos son en definitiva las únicas fuerzas espirituales que permiten esperar en el reinado de la paz sobre la tierra». Y apoyándose en la observación cotidiana renovarían el aserto de Bourget: «Dondequiera que el Cristianismo florece las costumbres se elevan; dondequiera que languidece, decaen. Es el árbol en que brotan las virtudes humanitarias sin cuya observancia las naciones están condenadas a perecer». Finalmente, no le pasara inadvertido lo que en sus postreros viajes confesaba el escéptico Loti: «Cristo permanece único. Oyéndole se disipan los odios y se entrevén los renunciamientos que purifican. Es el mago de la esperanza perdurable, el dueño de los consuelos no

sospechados y el príncipe de los perdones infinitos. Buscadlo y veréis que no hay nada que valga fuera de El!»

Hé aquí a los coetáneos (agnósticos, protestantes y católicos), coincidiendo por vías diferentes con los antiguos en el aprecio del influjo de Jesucristo. Pues bien, nuestra Religión que le proclama fundador suyo, que posee virtualmente su palabra revelada y su inmenso poder benéfico, se impone sin violencia a los pensadores honrados. Ellos comprenden que ayudarla es engrandecerse, es promover el avance de la cultura universal, y en particular el adelanto de la Patria.

*
* *

A esta sirvió además Carrasquilla como preceptor de la niñez y de la juventud en el Instituto de Cristo y en el Liceo de la Infancia, de donde salieron los que un día fueron dignos de mitras y lauros, o ennoblecieron la espada y la péñola, o descollaron en el foro, en la magistratura y en la diplomacia, o impulsaron las industrias o fomentaron las artes. Tanto ha menester la tierra natal de varones probos que la rijan, cuanto de hábiles que la enriquezcan e ilustren, que dentro y fuera la protejan. Pero el educador es quien prepara a todos ellos orientándolos en el puesto que han de ocupar, y adiestrando sus aptitudes. En la edificación de los Estados es a un tiempo mismo el que dispone la traza y echa los cimientos, esculpe las piedras y levanta los muros. Al paso que un somero profesor instruye, aquél desenvuelve las facultades del escolar, y mucho más la voluntad que la inteligencia. En esto fue nuestro institutor insuperable, porque educador desde la casa paterna, primero se amaestró a sí mismo, para luego ser modelador de tantos caracteres que se le asemejaron. Practicó la enseñanza no como empleo sino como obra de caridad individual y de público engrandecimiento, según el concepto que César expresó una vez a

Marco Tulio: «Vale más ensanchar los horizontes del espíritu que dilatar las fronteras de un imperio».

Bien midió el alcance de la faena educadora el docto Comenio al escribir que la escuela es el taller de la humanidad; y acertó más todavía Froebel advirtiendo: «Toda educación que no se apoya en la Religión es estéril, defectuosa e incompleta». «Es preciso que seais padres en medio de vuestros alumnos», había dicho antes San José de Calasanz, creador de las Escuelas Pías. Ni hay que insistir en que don Ricardo —como familiarmente se le llamaba— fue el seglar escogido de la Providencia para cumplir entre nosotros el ideal de la educación cristiana afianzada en el respeto y el cariño mutuos y recomendada por un éxito que en él corrió parejas con su idoneidad y su constancia. Pocos, en verdad, hubo tan expertos, ninguno tan perseverante. Díganlo ocho lustros de magisterio proseguido a pesar de las revueltas que agitaron nuestro país en formación. Así en las campañas convertidas en teatro de batalla, ni el humo ni el estruendo son parte a interrumpir a la obrera del panal en sus labores.

Durante una época azarosa de crisis política y social en que a las convulsiones de la Magna Guerra sucedieron las pugnas entre el civismo y el militarismo encabezado por grupos ambiciosos, dejando a las generaciones presentes la impresión de verdadera pesadilla histórica, sólo por un momento el pedagogo abandonó las aulas. «Hombre de bandera pero no de librea», corrió a batirse por el restablecimiento del orden constitucional; y en seguida regresó victorioso a reanudar las tareas en el terreno donde se siegan laureles que la sangre no humedece jamás. Los frutos del trabajo asiduo, bendecido por el cielo, han llegado hasta nosotros. Las lecciones de virtud transmitidas de padres a hijos se abrieron paso a través del tiempo,

cual esos valiosos despojos de la selva que en su curso arrebatada el Amazonas, y que lanzados luégo a la corriente del océano van a enriquecer las playas boreales después de larga fluctuación. La autoridad del maestro se prolongó en abundosa filiación espiritual; con creces le sobrevive en su inmediato descendiente; y su nombre adquiere mayor resonancia cuando el murmullo de los pequeños rompe el silencio de los grandes que han ido desapareciendo.

La familia colombiana lleva hecho el recuento de los prohombres que más timbre le dieron al transcurrir la pasada centuria. Entre esa pléyade copiosa de caudillos de la acción y el pensamiento, cultivadores del saber y la belleza, y ejemplares de magnanimidad. Carrasquilla se nos presenta con el nimbo de un patriarca y bienhechor eximio, de mente poderosa, y corazón apasionado por todo lo bueno. Habiendo pertenecido a una especie moral marcada por el equilibrio de la naturaleza y de la gracia, en su pecho que fue fragua de amores purísimos aposentó las delicadezas de la ternura, las efusiones de la jovialidad y el valor abnegado. Amó mucho por haber sufrido mucho; y de ahí su goce en aliviar los pesares ajenos, su dón de consejo y discreción en corregir, su moderación y desinterés cuando en torno suyo crecían las turbulencias de la demagogia y se pregonaba el sistema utilitario. No vivió para sí, puesto que dio al Creador y a los conciudadanos cuanto tuvo.

*
* *

Corto por fuerza he de quedarme al reproducir la semblanza del patriota y del apóstol en dos fases armónicas que acabaron por compenetrarse y proyectar un solo destello sobre los anales de Colombia cristiana.

Ella es quien os ha convocado en esta basílica para honrar al que la vindicó en horas de prueba; y en nombre suyo se me ha elegido sin merecerlo, para llenar con

ferviente sinceridad—a falta de otras dotes—una pequeña parte de aquella obligación.

Mas ¿a qué las pompas y tañidos funerales, si el nacimiento y no la muerte es la ocasión que estáis conmemorando? Porque en lugar de la cuna, la losa sepulcral es piedra de toque de la genuina grandeza. Las magnificencias mundanas aparecen en toda su pequeñez junto a un sarcófago; pero no acontece lo mismo a los méritos que resplandecieron como bendita llama en homenaje de Dios y servicio de los hombres. Y la Iglesia para inculcárnoslo así y esclarecer a los suyos fallecidos, nos revela entrañas de madre lamentando su pérdida, cual otra Raquel inconsolable que cubierta de duelo presta al bronce sus clamores y exhala su gemido en las alturas: *Vox ejus quasi æris sonabit. Vox in excelso audita est lamentationis.*

Esa voz de lo alto que nos advierte nuestra fugacidad, también nos trae las promesas de una gloria ultraterrena y de una segunda vida póstuma, realizada para los buenos aquí abajo en la persistencia del recuerdo: «Sepultados en paz, vivirá por siempre su renombre, y su esperanza quedará colmada de inmortalidad». En tanto que de los hombres vulgares está escrito que saldrá su espíritu y volverán a ser polvo, y su memoria será como la del huésped que va de paso y sólo se detiene un día, a los que adoctrinaron a muchos en el bien está reservada la esplendidez de un galardón que el Libro Santo equipara al indeficiente fulgor de las estrellas.

Alentados nosotros con tales promesas, las podemos referir a un varón cuya nombradía traspasó los límites de nuestro territorio, y cuya existencia fecunda, comparable a la encina que extiende muy lejos las ramas, y al fértil olivo en la Casa de Dios, perdura en sus ejemplos y enseñanzas.

Pero como en presencia del Remunerador supremo nadie es de suyo impecable, la piedad vuelve a ofrendar

en favor del que partió sus preces unidas a la sacrosanta oblación, para recordarnos a los vivientes nuestra miseria y destino, que sólo pueden repararse con el sacrificio de la Víctima inmaculada.

Bien está que al celebrar este acto más gratulatorio que fúnebre, la Madre común de los fieles, personificando el reconocimiento nacional, se trasporte hoy con el deseo, no ya a las riberas lejanas del Atrato, sino al sitio donde en expresión de Job cesa el ruido de los perversos, y van a reposar los fatigados. Allí a usanza de la antigüedad, querrá adornar la tumba del adalid con las prendas de su armadura, y hallará que éstas fueron el escudo de la fortaleza, el yelmo de la rectitud y la coraza de la fe. Bajo su amparo el combatiente descansa, el vencedor guarda el premio de la victoria. La fama que ganó se difunde embalsamada en el buen olor de sus virtudes, como el oro del Austro en el vergel de los Cantares, como el prestigio de Josías, que el Eclesiástico encarece igualándolo a una confección de aromas hecha por hábil perfumero. La fragancia va a mezclarse al incienso ritual que acompaña el *Requiem* entonado ante las aras. Con él se consumen las lágrimas de mirra de muchos dolores consolados, de muchos agradecidos recuerdos que en exhalación de suavidad subirán hasta el trono del Altísimo.

La sentencia de aquel Rey de los cielos dará a cada uno conforme a sus obras; su bondad ha ofrecido exaltar a quien le glorifique; su sabiduría nos declara que la memoria del justo es eterna.

JUAN C. GARCÍA

